

— Ya me guardaré bien; es primo mío en el vigésimosexto grado.

— Vosotros los gaseones todos sois parientes.

— Todo lo contrario de vosotros los de Valois, que nunca lo sois.

— En fin, responderás.

— ¿Á quién?

— Á mis cuarenta y cinco.

— ¿Y es eso con lo que cuentas defenderte?

— ¡Sí, voto al chápiro! sí! exclamó Enrique irritado.

Chicot, ó su sombra, porque, no estando más instruídos que el rey sobre este punto, nos vemos obligados á dejar á nuestros lectores en la duda; Chicot, decimos, se dejó deslizar en el sillón, apoyando sus talones en el borde de éste, de manera que sus rodillas formaban un vértice de ángulo más elevado que su cabeza.

— Y bien; yo, dijo, — tengo más tropas que tú.

— ¡Tropas! ¿tú tienes tropas?

— ¡Calla! ¿por qué no?

— ¿Y qué tropas?

— Una friolera. Primeramente tengo todo el

ejército que los señores duques de Guisa están levantando en la Lorena.

— ¿Estás loco?

— No, un verdadero ejército, seis mil hombres, cuando menos.

— Pero, ¿con qué motivo, veamos, tú que tienes tanto miedo al señor de Mayenne, habrías de ir á que te defendiesen precisamente los soldados del señor de Guisa?

— Porque estoy muerto.

— Volvemos á la misma chanza.

— Y como á quien el señor de Mayenne quería ajustar una cuenta, era á Chicot, me he aprovechado de esa muerte para cambiar de cuerpo, de nombre y posición social.

— ¿Entonces ya no eres Chicot? — preguntó el rey.

— No.

— ¿Pues quién eres?

— Soy Roberto Briquet, antiguo negociante, y de la Liga.

— ¿Tú de la Liga, Chicot?

— Furibundo. Lo que hace que á condición de no ver de demasiado cerca al señor de Mayenne,

tengo para mi defensa personal, para mí, Briquet, miembro de la Santa Unión, primero al ejército de los Loreneses, compuesto de unos seis mil hombres... Retén bien en la memoria los guarismos.

— Ya lo hago.

— Luego como unos cien mil parisienses.

— ¡ Famosos soldados !

— Bastante famosos para incomodarte mucho, príncipe mío. Conque, cien mil y seis mil hacen ciento seis mil. Luego el Parlamento, el Papa, los Españoles, el señor cardenal de Borbón, los Flamencos, Enrique de Navarra, el duque de Anjou.

— ¿ Comienzas á apurar la lista ? — dijo el rey impaciente.

— Vamos, aun me quedan tres clases de gentes.

— Dilas.

— Que te tienen sendas ganas.

— Dilas luego.

— Primero, los católicos.

— ¡ Ya ! sí, porque no he exterminado más que las tres cuartas partes de los hugonotes.

— Y luego los hugonotes, porque has exterminado las tres cuartas partes de ellos.

— ¡ Ya ! ¡ ya ! ¿ y los terceros ?

— ¿ Qué te parece á ti de los políticos, Enrique ?

— ¡ Sí, sí ! Los que ni me quisieran á mí, ni á mi hermano, ni al señor de Guisa.

— Pero quieren mucho á tu cuñado de Navarra.

— Con tal que abjure.

— ¡ Valiente inconveniente ! Mucho le debe embarazar, ¿ no es verdad ?

— Sí, pero esa gente de que me hablas...

— ¿ Qué ?

— Es toda la Francia.

— Precisamente. Esas son las tropas que tengo yo, que soy de la Liga. Vamos, vamos, suma y compara.

— Te estás chanceando, ¿ no es verdad, Chicot ?

— dijo Enrique sintiendo apoderarse de sus venas cierto frío.

— ¡ Y por cierto que vienen bien las chanzas cuando tú estás solo contra todo el mundo, mi pobre Enrique !

Enrique tomó un aire de dignidad enteramente real.

— Solo estoy, — dijo ; — pero también mando solo. Tú me muestras un ejército ; muy bien. Ahora muéstrame el jefe. ¡ Oh ! Vas á designarme al señor

de Guisa. ¿No ves que le tengo en Nancy? En cuanto al señor de Mayenne, tú mismo confiesas que está en Soissons; el duque de Anjou, sabes que está en Bruselas. El rey de Navarra está en Pau... mientras que yo, es verdad que estoy solo, pero libre en mi casa, y viendo venir al enemigo, como desde el centro de una planicie ve el cazador salir la pieza, cuadrúpeda ó alada, de los bosques circunvecinos.

Chicot se rascó la nariz. El rey le creyó vencido.

— ¿Qué respondes á esto? — preguntó Enrique.

— Que tú eres siempre elocuente, Enrique; te queda la lengua, y en verdad que es más de lo que yo creía, y te doy la más sincera enhorabuena; pero no atacaré más que una cosa en tu discurso.

— ¿Qué cosa?

— ¡Dios mío! Casi nada: una figura de retórica; atacaré tu comparación.

— ¿En qué?

— En que pretendes que tú eres el cazador que acecha la caza, mientras que yo creo que, al contrario, tú eres la caza que el cazador anda batiendo hasta en su cama.

— ¡Chicot!

— Veamos, ¿qué has visto tú venir, hombre de la emboscada? Dime lo que has visto.

— ¡Pardiez! á nadie.

— Sin embargo ha venido alguno.

— ¿Entre los que te he citado?

— No precisamente entre ellos, pero easi.

— ¿Quién ha venido?

— Una mujer.

— ¿Mi hermana Margot?

— No, la duquesa de Montpensier.

— ¡La duquesa de Montpensier! ¿ella en París?

— Te digo que sí.

— Y bien; aun cuando así fuese, ¿desde cuándo tengo yo miedo á las mujeres?

— Es verdad, sólo se debe tener miedo á los hombres. Si así es, aguarda un poco. Ella viene de precursora, ¿lo entiendes? viene á anunciar la venida de su hermano.

— ¿Del señor de Guisa?

— Sí.

— ¿Y crees tú que eso me embaraza?

— ¡Oh! Á ti nada te embaraza.

— Dame el tintero y el papel.

— ¿Para qué? para firmar una orden mandando

al señor de Guisa que permanezca en Nancy.

— ¡Justamente! La idea es buena, puesto que se te ha ocurrido al mismo tiempo que á mí.

— ¡Al contrario, es execrable!

— ¿Por qué?

— Porque no bien habrá recibido esa orden cuando conocerá que su presencia es urgente en París, y se apresurará á venir.

El rey sintió encendérsele la frente de cólera, y miró á Chicot con ceño.

— Si no has venido más que para comunicarme cosas por ese estilo, bien podías haberte quedado en donde estabas.

— ¿Qué quieres, Enrique? Las fantasmas no son adadoras.

— ¿Luego confiesas que eres una fantasma?

— Jamás lo he negado.

— ¡Chicot!

— Vamos, no te enfades, porque de miope que eres, te harías águila. Veamos, ¿no me has dicho que retenías á tu hermano en Flandes?

— Sin duda, le mantego allí, y eso es una buena política.

— Ahora escucha, y no nos enfademos. ¿Con qué

objeto piensas tú que permanece en Nancy el señor de Guisa?

— Para organizar allí un ejército.

— ¡Bien! Calma... ¿Á qué destina ese ejército?

— ¡Chicot! Me estás fatigando con todas esas preguntas.

— ¡Fatígate, fatígate, Enrique! Más tarde descansarás mejor, yo soy quien te lo promete. Decíamos, pues, que destina ese ejército...

— Á combatir los hugonotes del Norte.

— Ó más bien á contrariar á tu hermano de Anjou, que se ha hecho nombrar duque de Brabante, que trata de formarse un pequeño trono en Flandes, y que para llevarlo á cabo te pide constantemente socorros.

— Socorros que le prometo siempre, y que, bien entendido, jamás le enviaré.

— Con gran satisfacción del duque de Guisa. Y bien, Enrique, ¿quieres que te dé un consejo?

— ¿Cuál?

— Si fingieses una vez el enviar esos socorros prometidos; si esos socorros se adelantasen hacia Bruselas, aunque no pasasen de la mitad del camino...

— ¡ Ah ! sí, — exclamó Enrique; — comprendo : el señor de Guisa no se movería de la frontera.

— Y la promesa que madama de Montpensier nos ha hecho á nosotros los de la Liga, de que el señor de Guisa estaría en París antes de ocho días...

— Quedaría frustrada.

— Tú lo has dicho, dueño mío, — dijo Chicot poniéndose á sus anchuras. — Vamos, ¿ qué te parece del consejo, Enrique ?

— Lo creo bueno..., sin embargo...

— ¿ Qué tenemos aún ?

— Mientras que esos dos señores están ocupados el uno con el otro allá bajo en el Norte...

— ¡ Ah ! Sí, el Mediodía, ¿ no es verdad ?... Tienes razón, Enrique, del Mediodía es de donde vienen las borrascas.

— Durante ese tiempo, no se agitará mi tercera plaga. Tú sabes lo que hace el Bearnés.

— No, ¡ el diablo me lleve !

— Reclama.

— ¿ Qué ?

— Las ciudades que forman parte de la dote de su mujer...

— ¡ Bah ! ; Miren el insolente, que no está satisfecho con el honor de haberse enlazado con la casa real de Francia, y se toma la libertad de reclamar lo que le pertenece !

— Por ejemplo, Cahors, como si fuese propio de un buen político abandonar á un enemigo semejante ciudad.

— En efecto que no sería de un buen político, pero lo sería de un hombre honrado.

— ¡ Señor Chicot !

— Supongamos que no he dicho nada; tú sabes que nunca me mezclo en tus asuntos de familia.

— Pero eso no me inquieta; pues tengo mi idea.

— Bueno.

— Así, volvamos á lo más urgente.

— Á Flandes.

— Voy, pues, á enviar alguno á Flandes, á mi hermano; pero, ¿ á quién he de enviar, y de quién puedo fiarme, ¡ Dios mío ! para una misión de tanta importancia ?

— ¡ Diantre !...

— ¡ Ah ! Ya sé.

— Yo también.

— Ve tú, Chicot.

- ¿ Que vaya yo á Flandes ?
- ¿ Por qué no ?
- ¡ Un muerto ir á Flandes ! ¡ Tú te chanceas ;
- Puesto que eres Roberto Briquet.
- ¡ Bueno ! ¡ un paisano, uno de la Liga, un partidario del señor de Guisa, desempeñando las funciones de embajador cerca del duque de Anjou !
- ¿ Es decir que rehusas ?
- ¡ Pardiez !
- ¿ Que tú me desobedeces ?
- ¡ Yo desobedecerte ! ¿ Acaso te debo yo obediencia ?
- ¡ Tú no me debes obediencia, desdichado !
- ¿ Me has dado nada nunca que me obligue hacia ti ? Lo poco que poseo lo adquirí por herencia : estoy miserable y obscuro. Hazme duque y par, erige en marquesado mi posesión de la Chicotería ; dótame con quinientos mil escudos, y entonces ya hablaremos de embajada.

Enrique iba á responder y alegar una de esas buenas razones que siempre hallan los reyes cuando les hacen semejantes reproches, cuando oyó rechinar sobre su varilla la maciza mampara de terciopelo.

— ¡ El señor duque de Joyeuse ! — dijo la voz del ujier.

— ¡ Voto á Cribas ! Ahí tienes lo que te hace falta ! — exclamó Chicot. — ¡ Te desafío á que me halles un embajador para representarte mejor que te representará el señor de Ana.

— En realidad, — murmuró Enrique, — este diablo de hombre es decididamente mejor para el consejo que ninguno de cuantos ministros he tenido.

— ¡ Hola ! ¿ Parece que convienes en ello ? — dijo Chicot.

Y se sumergió en su sillón, tomando la forma de una bola, de suerte que el más hábil marino del reino, acostumbrado á distinguir el menor punto sobre las líneas del horizonte, no habría podido distinguir ningún punto que rebasase las molduras del gran sillón en que se había sepultado.

Por más que Joyeuse fuese gran almirante de Francia, no veía allí más que ningún otro.

El rey lanzó un grito de alegría al percibir á su joven favorito, y le alargó la mano.

— Siéntate, Joyeuse, hijo mío, — le dijo. — ¡ Dios mío, qué tarde vienes !

— Señor, — respondió Joyeuse, — V. M. es bien bondadoso en observar eso !

Y el duque, acercándose al estrado de la cama, se sentó sobre los almohadones flordelisados que estaban esparcidos en las gradás de aquel estrado.

## XV.

De la dificultad que tiene un rey en hallar buenos embajadores.

Chicot, siempre invisible en su sillón; Joyeuse medio acostado en los cojines; Enrique, muellamente arrebuñado en su cama, comenzó la conversación.

— Y bien, Joyeuse, — preguntó Enrique, — ¿has vagabundeado bien por la ciudad ?

— Sí, señor, muy bien; gracias, — respondió con dejadez el duque.

— ¡ Qué pronto has desaparecido de la Greve !